

# Descendientes de shamanes, curacas, payés y piaches<sup>1</sup>

*Y que diré cuando la naturaleza de Muschca, es decir el dios sol, hizo aparecer dos sabios, un hombre y una mujer para que la mujer enseñara a hilar el oro...y el hombre para tallar la piedra, hacer jeroglíficos, hacer caras de hombre, fetiches, cocodrilos y aves de oro... dichos escritos no los ha podido destruir la cólera de los siglos, ni las edades han podido acabar con fetiches de barro que prepararon amasados con leche de árboles, mis antepasados.*

Manuel Quintín Lame  
(1880-1967)

Si pudiéramos hacer un periplo por la tierra de los mayores, encontraríamos en el territorio colombiano grupos humanos, unos itinerantes, otros ya asentados en valles, planicies, riberas de los ríos, bosques y pueblos que pertenecen a la nacionalidad colombiana pero que, por sus costumbres, creencias y prácticas económicas y sociales, poseen la herencia de antepasados completamente desconocidos para muchos de los ciudadanos del país.

Así, tenemos a mensajeros de las artes mágicas como los Inga y Kam-sá, a las gentes del trueno y del maíz, los Paez, a los hijos de gigantes, del Valle de Sibundoy en el Putumayo. Entre las planicies y el mar, los Cuna, artesanos de siempre y los Wayuu, pastores del desierto consideran más importante la identidad y pertenencia a sus sociedades que a la nacionalidad colombiana o la de países vecinos.

Las prácticas del manejo del bosque y de los ríos son sobresalientes entre los habitantes de las selvas del



Amazonas y del Chocó. Los Emberá, gente de río, Awa Kwaiker, moradores de montañas y los Wau-nana, Jaibaná del Pacífico, utilizan alternadamente los recursos del bosque y practican la cacería, la recolección y la pesca en los ríos para no agotar esos recursos y para no *disgustar* a los dueños o *jais* de los animales y del bosque.

Igualmente sucede entre los sabedores de lo antiguo, Huitoto, Murui Muinane, Makú y Tikuna, estos últimos en el Trapecio Amazónico. Aunque muchos de estos grupos se han desplazado a asentamientos urbanos en vista de los efectos de la colonización y la producción y elaboración de estupefacientes, infortunadamente acrecientan hoy las poblaciones de barrios marginales

*Los guardianes del saber, Kogi, Arhuaco, Wiwa, pensadores serranos moran en las estribaciones y faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta. A su vez, los Tikuna, sabedores de lo antiguo, se asientan en el trapecio amazónico. Ambas culturas pertenecen a etnias colombianas que poseen la herencia de antepasados desconocidos para muchos de los ciudadanos del país.*



en ciudades como San José del Guaviare, Puerto Inírida, Mitú, Leticia e incluso hasta Villavicencio y Bogotá.

Los guardianes del saber, Kogi, Arhuaco, Wiwa, pensadores serranos, moran en las estribaciones y faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta en santuarios a donde solamente los blancos con permiso pueden ingresar; descendientes de los Tayrona, sostienen con su pensamiento el

mundo de nosotros, los *hermanitos menores* y ellos como *hermanos mayores* son responsables de pensar y cuidar con sus palabras y cantos que nuestro planeta conserve su equilibrio en medio del caos.

En las inmensas sabanas orientales, surcadas por ríos que integran una de las cuencas hidrográficas más poderosas de la América del Sur habitan los descendientes del clan Neri, llamados Atsáwa o Achagua, los Sáliba, navegantes del Meta entre Colombia y Venezuela, y los descendientes de la familia Tsamani, un grupo de estrellas -Pléyades- que un día decidieron venirse a la tierra a tomar forma humana en calidad de Sikuaní o Guahibo. Los Cui-va cazadores otrora caminantes, hoy convertidos en horticultores habitan cerca de haciendas y misiones en las sabanas de los ríos Casanare y Ariporo.

Responsables y herederos de estas tradiciones culturales estos pueblos se enfrentan hoy a olvidar sus lenguas, sus cantos y prácticas culturales, a menos que nosotros, los Rioá, como nos llaman los Uwa Tunebo, comprendamos, respetemos y aprendamos cada día más de su sabiduría y de sus conocimientos. Plantas del bosque, músicas, alimentos, instrumentos musicales, frutas y semillas de uso industrial, doméstico y medicinal representan algunas de las prácticas de inmenso valor en los albores del siglo XXI.

(1) Tomado del libro Senderos de la Memoria de María Eugenia Romero, Presidencia de la República, Instituto de Antropología ICAN, Colcultura, Comisión del V centenario, Santa Fe de Bogotá, 1994.